

La bicicleta

No soy ciclista, aunque muy de tarde en tarde coja la bicicleta y algunas veces me apunte a esas marchas cicloturistas que organizan ellos. De hecho, hace sólo unas horas que acabamos la marcha nocturna en bicicleta a la ermita de la Virgen de Luna y tengo recién fraguado en la memoria el olor a pasto húmedo y las sombras que la luna llena proyectaba con las encinas. Son buena gente los ciclistas. Son gente sufridora y amable, gente sana que se divierte en contacto con la naturaleza y sin molestar a nadie. Los ciclistas –se me antoja a mí– son personas felices.

Por eso mismo, porque son buenos ciudadanos y porque la bicicleta da felicidad, en otros lugares se les tiene en mucha consideración y se les respeta. He visto ciudades y pueblos del centro de Europa donde iba más gente en bicicleta que en coche, gentes de todas las edades, de toda condición, a cualquier sitio. En Brujas, por ejemplo, he visto a una banda de música haciendo un pasacalles en bicicletas tándem. En esos países, los carril bici existen en todas partes, incluso dobles. Así, recuerdo que yendo en bicicleta por una ciudad de Austria, una señora nos riñó porque habíamos tomado el carril bici de la acera contraria.

En España, ya hay sitios donde los ciclistas son estimados. En nuestra tierra, todavía no hay esa mentalidad. Es más, se siguen construyendo las carreteras sin arcén. Aquí se ha elevado a los coches a la dignidad de ciudadano preferente, se ha echado de las calles a los peatones más débiles y se ha ninguneado a los ciclistas. Con bastante ceguera y poca previsión, vamos en contra de lo que se está haciendo en todas partes: peatonalizar y construir vías para ciclistas. Y, claro, así nos va, que no sabemos qué hacer con los coches en las calles céntricas y cada día somos un poco más infelices.

Juan Bosco Castilla